

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7417

Preios de suscripción.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 50 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Loriot, 51 bis rue Saint-Anne.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 31 DE JULIO 1886.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no respalda de los artículos, remitidos y comentarios, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

—0—

30 de Julio de 1886.

Si un novelista hubiera intercalado en alguna de sus obras el suceso que voy á referir... ¡pura imaginación! dirían los lectores. No me canso de repetirlo: la realidad supera á la ficción y si Cervantes y Shakespeare son tan admirados, es porque supieron inspirarse en la verdad, y tratán dola fielmente con el pincel y los colores de su privilegiada imaginación.

Una interesante joven de 24 á 25 años, venía padeciendo esa tristemente poética enfermedad que se llama tuberculosis. Su familia había empleado para combatir el mal cuantos remedios aconseja la ciencia; viajes, aguas, medicamentos, todo, viendo con pena lo estéril de estos sacrificios, porque la joven agotaba sus fuerzas en la lucha lenta pero tenaz y destructora con la enfermedad.

El último domingo se agravó de tal modo, que los médicos anunciaron á la acongojada familia como próximo un fatal desenlace. Así fué. La enferma fué extinguiéndose hasta que exhaló un leve suspiro; después cesó la respiración y en sus miembros y en su rostro apareció el frío de la muerte.

Mientras los padres y los hermanos lloraban, los amigos más íntimos de la familia encargaban á la funeraria los preparativos de entierro y daban dirección á las esquelas mortuorias.

El cadáver fué amortajado, colocado, en el ataúd sobre la cama imperial, los blandones iluminaban tristemente la fúnebre estancia y dos ó tres personas se quedaron como es cristiana costumbre velando los despojos de la malograda joven.

A las altas horas de la noche un ruido extraño asustó á los que permanecían silenciosos rezando y dormitando. Miraron hácia el sitio donde reposaba el cadáver y vieron con espanto que la joven separaba con una mano el blanco pañuelo que cubría su rostro. Acto continuo se incorporó, miró en torno suyo y con visibles muestras de estupor, lanzó un grito, los que allí estaban acudieron en su auxilio y la llevaron á su lecho participando á la atribulada familia todo lo que acababa de ocurrir.

Los lectores comprenderán perfectamente lo extraordinario de la situación.

Avisado un médico, reconoció que un profundo síncope había producido aquella muerte aparente. Por desgracia, la gravedad del mal no había desaparecido; pero la muerte había resultado.

Lo inesperado del suceso hizo olvidar á todos que pocas horas después llegarían el carro fúnebre y los invitados al entierro. El carro no acudió porque un empleado de la funeraria se informó á tiempo de lo ocurrido, pero los amigos llegaron á la hora señalada.

¡Caso bien raro, tan original en sus detalles, no es por fortuna frecuente! De lo contrario, dos emociones tan contrarias y tan profundas en tan corto tiempo serian irresistibles.

Es triste que la ciencia que tanto progresa y que nos asegura que sabe de cierto cuando se aleja para siempre el espíritu de la materia dé lugar á escenas como la que acabo de reseñar.

Eran dos amigos íntimos, tan íntimos que no podían vivir sin verse á todas horas, sin comunicarse sus secretos, sin prestarse todo género de favores.

Uno de ellos, torero de profesión, era casado; el otro dependiente de consumos, soltero.

El último á fuerza de frecuentar el trato de la mujer del primero llegó á enamorarse apasionadamente de ella, hasta el punto de sacrificar á este amor la amistad que hasta entonces había tenido en tanto.

La mujer honrada rechazó con indignación las proposiciones del Píladés convertido en Judas; pero la pasión es desalentada y el dependiente de consumos resuelto á consumir su deslealtad quiso alcanzar por fuerza lo que de grado le negaban.

La esposa defendiendo su honra salió herida en el rostro de la refriega. Fué preciso enterar al marido de lo que había pasado.

La otra mañana, marido y mujer fueron á casa del amigo infiel. Lo que allí pasó puede presumirse, pero la escena no tuvo espectadores. Poco después se oyó una detonación y los que acudieron vieron al seductor tendido en el suelo y espirante.

Los suicidios se repiten con una frecuencia aterradora.

En dos días cinco. Una doméstica, quizás engañada y perdida, una señora enferma, un vendedor ambulante, un cartero... un cerrajero! Esto horroriza.

Otra víctima de la desesperación ha sido detenida en el momento en que iba á poner término á su vida.

Es todo un drama! se trata de un bolsista que había hecho fortuna manejando su capital y el de un pariente, que disfrutando una renta anual de 150.000 pesetas se creía el hombre más feliz del mundo y pasaba la mayor parte del tiempo en París entregado á la atareada ociosidad

de los que allí viven con letra abierta. No dudaba de la honradez de su pariente el bolsista, pero si debió pensar que la suerte es voluble y que los que con ella andan suelen perder el juicio.

El bolsista empezó á sufrir descalabros hace algunos meses; para recuperar lo perdido, arriesgaba nuevas sumas, lo suyo y lo ajeno desapareció en la última liquidación, y después de anunciar á su pariente que los dos estaban arruinados decidió pegarse un tiro.

Su esposa que le espiaba acudió en el momento supremo: con el revolver en la mano salió precipitadamente de su casa, su mujer le siguió gritando, un caballero le detuvo. Todo esto fué obra de pocos minutos.

El cariño de la santa mujer que al verse en la más espantosa ruina solo ha pensado en salvar de la muerte á su esposo, habrá devuelto la razón al desdichado. Luchar y si es preciso morir luchando es digno.

En cuanto al pariente de París que gozaba de una renta de 30.000 duros se ha quedado sin ella y no se ha desesperado hasta el punto de pensar en la muerte.

Tiene parientes y amigos que se complacerán en ser cerca de él delegados de la Providencia.

¡Ros de Olano y Manuel Catalina! Hé aquí dos nombres que simbolizan una época que pasó para no volver. Los dos han bajado á la tumba.

¡Ros de Olano, además de ilustrado militar, era un poeta y un prosista de ático estilo! Sus fugitivas composiciones recientemente reunidas en un tomo lo demuestran. Poco pero escogido: tal puede ser el lema de su trabajo intelectual.

Fué el amigo íntimo de Espronceda y aunque heredó el escepticismo del gran poeta, supo ocultar la espina con las hermosas hojas de la flor.

Manuel Catalina, el actor de género, el artista elegante y distinguido, el cómico caballero como solían llamarle haciendo justicia á su esquisita educación y á la hidalguía de su carácter ha muerto con la pena de ver el templo del arte donde fué sacerdote creyente, dominado por los mercaderes.

Todavía sentía nobles impulsos de contribuir á la regeneración del teatro. Inútil empeño! Espejo fiel de las costumbres, ha sido, y será lo que son las figuras que discurren... se decía antes, que pasan sin discurrir puede decirse hoy, ante su limpio cristal.

Los entarros de estos dos sentidos cultivadores del arte han sido verdaderas manifestaciones.

Al de Ros de Olano fueron hombres políticos, militares y escritores; al de Catalina solo artistas y poetas.

Por cierto que el insigne Campoamor se encontró á la puerta del cementerio una dolora.

Una niña de ocho á nueve años de sarrapada y mísera le pidió lloriqueando una limosna en el momento en que se apeaba del coche.

Poco después, la misma niña que retozaba con otras, se acercó al poeta y con rostro risueño y voz argentina volvió á implorar su caridad.

—Ven acá muchacha, exclamó Campoamor, porque antes me has pedido llorando y ahora me pides riendo?

—Porque antes pedi para mi madre y ahora pido para mí, contestó la rapaza con la mayor desenvoltura.

JULIO NOMBELA.

LAS RESERVAS DEL «TIMES.»

El «Times» hablando del nuevo gabinete, se felicita del resultado. Mas sobre los nombramientos de Salisbury y Churchill.

Recomienda á éste último que tenga prudencia y circunspección.

EL CAZA-TORPEDERO ESPAÑOL.

El caza torpedero «Destructor», construido para el gobierno español, en los astilleros del Clyde, ha sido botado al agua en Glasgow.

LA ALIANZA

DE LAS POTENCIAS CENTRALES.

Telegrafían de Roma, que en los círculos generalmente bien informados se considera definitivamente acordada la renovación de la alianza entre las potencias centrales de Europa.

Dícese que la dificultad para la realización del tratado consistía en Austria, que se negaba á entrar en la alianza por las resistencias que se oponían á la rectificación de la frontera austriaca.

Se supone que el viaje de Robilant á Viena ha tenido por objeto principal la terminación de las dificultades referentes á este punto.

Probablemente desde el mes próximo quedará organizada en París la cremación de cadáveres; ya están concluidas las obras de cuatro hornos crematorios que han de funcionar en el cementerio del Padre Lachaise. Son del sistema Corini, que es el usado en Roma y Milán, pues por el Siemens los cadáveres resultaban cristalizados en lugar de reducirse á cenizas.